OCURRENCIAS

Un libro de poemas es, vaya ocurrencia, como un àrbol. La estética y los gustos varían en el suceder del tiempo; así, diría un superfluo, el peinado de las damas o el calibre y alcance bélicos. No obstante, hay ciertas normas y anormalidades -divina y fiel desproporción de oro- que más o menos permanecen inalterables.

Rigen, se expresan de diversos modos, así como es incontable la forma, color y sonidos de un árbol; así varía la luz -el lector- de horas y lugares.

El dichoso árbol brota de la tierra como la palabra del poeta. De ahí la imposibilidad de trasladar un poema a otro idioma, pues nadie podría asimilar l a r, o confundir un álamo con un arado.

Los árboles mecen sus ramas o bambolean sus frondas según sean la brisa y el viento que mueven el espíritu en el momento de trazar los signos de la escritura. Palpar un tronco descansa y acompaña. Como tomar un libro, buena ocurrencia, de fray Luis de León.